

Tercer Domingo del Tiempo Ordinario A2026

En el Evangelio de hoy nuestro Señor llama a sus primeros discípulos. Antes de hacerlo, y al enterarse de que Juan el Bautista había sido arrestado, Jesús decidió dejar Nazaret para vivir en Cafarnaúm, junto al mar de Galilea, y comenzó a predicar.

Su mensaje era muy sencillo: todos debían arrepentirse; todos debían cambiar. ¿Por qué? Porque el Reino de Dios estaba cerca. ¿Por qué, entonces, cambiar de lugar, de Nazaret a Galilea? Quizás cambió su lugar de residencia para que la gente comprendiera que no hay verdadera relación con Dios sin un cambio de vida.

En cualquier caso, se le hizo evidente que no podía realizar la obra del Reino solo y que necesitaba un grupo de personas que lo ayudaran, una pequeña comunidad que con el tiempo se convertiría en la Iglesia tal como la conocemos hoy, una comunidad que se ve constantemente desafiada al arrepentimiento, la conversión y el cambio.

Aquellos primeros discípulos, aunque eran personas comunes y sencillas, pescadores iletrados, no dudaron en seguirlo. Su respuesta al llamado de nuestro Señor fue inmediata y entusiasta. Los hermanos Simón y Andrés, Santiago y Juan, acababan de dejar de remendar sus redes para convertirse en pescadores de hombres.

Ese llamado al discipulado nos pertenece a cada uno de nosotros, porque la misión nos ha sido transmitida. Nosotros también compartimos lo que nuestro Señor y los primeros discípulos comenzaron desde el principio de la Iglesia. La vocación al discipulado, por lo tanto, tiene una dimensión individual y una dimensión comunitaria. Somos llamados individualmente a la obra de la comunidad de creyentes. Por eso, sería un error, cuando surge un problema dentro de la iglesia, pensar que es solo un problema del sacerdote y no nuestro.

Al observar a los primeros discípulos, nos damos cuenta de que eran personas sencillas y comunes, es decir, simples pescadores. Y, sin embargo, nuestro Señor los eligió para la importantísima misión de la salvación del mundo. Esto significa que, aunque los llamados sean personas comunes, como tú y yo, están llamados a lograr cosas extraordinarias.

Por eso debemos entender que si Dios nos llama a trabajar para él o para su iglesia, no es necesariamente porque seamos los mejores entre nuestros compañeros. Es porque, a pesar de nuestras debilidades humanas, quiere que seamos sus colaboradores y asociados. Lo mejor que podemos hacer es ser humildes. Si, pues, podemos lograr cosas extraordinarias, debemos ser conscientes de que no son obra nuestra, sino fruto de la gracia de Dios que obra en nosotros y ya nos ha precedido en el campo.

Además, esa gracia elimina cualquier temor que podamos tener debido a nuestra indignidad e incompetencia. En otras palabras, lo importante no es quiénes somos como individuos, sino lo que podemos llegar a ser bajo la guía de nuestro Señor al aceptar su llamado. Así fue como los sencillos pescadores se convirtieron en

testigos importantes de las enseñanzas y señales de Jesús y, con el tiempo, repitieron lo mismo que él.

Permítanme volver a la identidad de aquellos primeros discípulos. Como dije, eran personas muy sencillas; sin embargo, a pesar de esa sencillez, Nuestro Señor los eligió para ser sus compañeros en la misión y compartir con él la carga y la alegría de su ministerio. Les dice: «Los haré pescadores de hombres».

Pasar de simples pescadores a pescadores de hombres es un gran cambio. Este elemento de cambio es constitutivo de la vida cristiana y está en el centro de lo que significa ser cristiano. Sin el deseo de cambiar y reformar nuestra vida, de ajustarla a los valores del Reino de Dios, es muy difícil ser un buen cristiano y discípulo de Jesús. Por eso, el inicio del ministerio público de nuestro Señor contiene una invitación al cambio: «Arrepiéntanse, porque el Reino de los Cielos está cerca», es decir, reformen su vida; dejen que se transforme para que puedan acoger el Reino de Dios en ustedes.

Para terminar: el llamado de Dios es diferente para cada persona. Las circunstancias del llamado también lo son para cada persona. Y, sin embargo, todos participamos en la misma misión: llevar la Buena Nueva de la salvación a nuestros hermanos y hermanas. Lo importante no son las circunstancias que rodean nuestra vocación, por muy diferentes que sean, sino la misión que se nos ha encomendado. Mi vocación es en realidad la respuesta que di al llamado que escuché de Dios, pero es un llamado a una misión que trasciende mi propia individualidad. Al ser llamado y responder positivamente, soy solo un instrumento que Dios usa para la salvación de mis hermanos y hermanas. Por lo tanto, no tengo de qué jactarme; si a alguien se le puede dar gloria, es a Dios que me eligió, y no a mí como individuo. Por eso, el lema de muchos santos siempre ha sido «Sola Gloria Dei»: para la gloria de Dios.

Oremos, hermanos y hermanas, para que Dios nos ayude a responder favorablemente a su llamado a servirle sirviendo a nuestros hermanos y hermanas. Dejémonos transformar por su palabra y convirtámonos en sus dóciles instrumentos de salvación. ¡Amén!

Isaías 8: 23-9: 3; 1 Corintios 1: 10-13, 1; Matthew 4: 12-23



Fecha de la Homilía: el 25 de Enero, 2026

© 2026 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20260125homilia.pdf